

**Dos retratos de Felipe II en la lírica modernista:
Amado Nervo y José Santos Chocano**

Jorge Luis Castillo
(Universidad de California en Santa Bárbara)

Existen pocos personajes tan controvertidos en la historia de España como Felipe II. De ello dan cumplida cuenta los numerosos estudios dedicados a la vida del monarca, su corte, su reinado, su fe y el mito que han erigido en torno a su figura sus defensores, creadores de la leyenda azul, o sus detractores, proponentes de la leyenda negra. Como ilustran Elvira Roca Barea (2016) y Antonio Cortijo Ocaña (2010), esta última está mucho más arraigada y difundida que la primera, aunque ha sido matizada o refutada en la actualidad por historiadores de la talla de Ricardo García Cárcel (1992), Joseph Pérez, (2000), Manuel Fernández Álvarez (2010), Geoffrey Parker (2018) y Enrique Martínez Ruíz (2020). Su extremado celo religioso le granjeó al rey los calificativos de Recatado, Prudente o Justiciero, pero de fanático, cruel y vicioso lo tildaron sus enemigos dentro y fuera del género histórico: el drama de los Siglos de Oro (Calderón, Lope y Montalbán) lo favorece, pero no así el romántico (Díaz, Muñoz Maldonado y otros dramaturgos menores), pero sobre todo, por su popularidad, Schiller (González Subías 2017, 654); de forma más halagüeña lo pintan, no tanto el teatro o las novelas históricas, sino biografías noveladas en fechas recientes como *El sueño de Felipe II* de Edgar Maass y *Felipe II* de Javier Olivares. Persisten dos visiones irreconciliables de una figura polémica a quien sus defensores llamaban el Paladín de la Cristiandad y sus detractores, el Demonio del Mediodía.

No es difícil de comprender por qué la figura del rey resulta atractiva para Amado Nervo cuando le dedica su conocido soneto a “Felipe II,” asiduamente incluido en antologías como la dedicada al modernismo mexicano por José Emilio Pacheco. Las proclividades ascéticas del autor de “A Kempis” (“huyo de todo terreno lazo, / ningún cariño mi mente alegra”), van de la mano con las prácticas religiosas de un monarca que oraba seis horas diarias y llegó a acumular 7.400 reliquias en el Escorial. Afinidad común también hallaría el poeta de *La amada inmóvil* con el temperamento melancólico de don Felipe que testimonian sus contemporáneos en documentos y crónicas.

Nervo incluye el poema que nos ocupa (fechado en 1896) en el poemario apropiadamente titulado *Místicas*, calificativo que en varias ocasiones, con exactitud dudosa, el mismo poeta se endilgó (Martínez 2015, 30). El poeta inicia su soneto “A Felipe II” confesando su afinidad por el rey en cuartetos melódicos antes de apostrofarlo en tercetos heroicos:

Ignoro qué corriente de ascetismo,
qué relación, qué afinidad oscura
enlazó tu tristura y mi tristura
y adunó tu idealismo y mi idealismo,

mas sé por intuición que un astro mismo
surgió de nuestra noche en la pavora,
y que en mí como en ti riñe la altura
un combate fatal con el abismo.

¡Oh, rey; eres mi rey! Hosco y sañado

también soy; en un mar de arcano duelo
mi luminoso espíritu se pierde,

y escondo como tú, soberbio y mudo,
bajo el negro jubón de terciopelo,
el cáncer implacable que me muerde

(1922, II, 1321; en el segundo verso, falta una tilde en “enlazo”).

En su *Amado Nervo y las lectoras del Modernismo*, José María Martínez pone en duda el misticismo de Nervo, distinguiéndolo del de Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz: opina que el calificativo de “ascético” describe mejor la ecléctica religiosidad del mexicano “pues numéricamente son muchos más los poemas dedicados a exponer su búsqueda de ese Ser Supremo que los dedicados a poetizar su encuentro con Él” (30). Cuando Nervo se empeña en llamar al monarca “hosco y sañudo,” y seguidamente “soberbio y mudo,” talmente pareciera que los dos primeros epítetos remitieran a la leyenda negra erigida en torno al rey en Inglaterra, Italia y los Países Bajos, mientras que los dos segundos se ajustaran a fuentes menos tendenciosas, pues corresponden a la persona pública de don Felipe que consignan testigos fidedignos de acuerdo a las pesquisas de historiadores como Geoffrey Parker en su biografía sobre *Felipe II* (su última edición es de 2018) y Enrique Martínez Ruíz en *Felipe II: El hombre, el rey y el mito* (de 2020).

Poeta y soberano comparten, como vimos, dos cualidades: lo ascético y lo melancólico; pero en los versos finales Nervo expresa un sentir angustioso con un término de arriesgada poetización: el cáncer que, según él, roe las entrañas del rey y de cuya supuesta existencia se sirve el poeta para representar su estado de ánimo. El resorte principal del poema consiste por lo tanto en convertir la patología en psicopatología; transformar un tumor canceroso en lo que el poeta de “Anarkos” (Guillermo Valencia) llamaría “el cáncer de su pena.” El Felipe II vestido de negro jubón que consigna Nervo remeda el retrato del rey que pintó Sofonisba Anguissola en 1565; pero el cáncer recubierto de negro luctuoso que trasueña Nervo es pura invención suya. Pese a la dramática y prolongada agonía del monarca, no fue cáncer sino el progreso incontenible de la gota lo que acabó pudriéndolo en vida. Pero en lo referente a las enfermedades por el rey, el despropósito no es solo de Nervo; también lo comete José Santos Chocano en el soneto dedicado al monarca que pergeñara en sus años de juventud. Me ocuparé de estos dos supuestos yerros más adelante.

En el caso de Chocano, el texto que nos concierne es su soneto a “Felipe II,” que Luis Alberto Sánchez tilda de “acre” y el mismo Chocano luego repudió, acaso con razón, pues lo escribió en 1891, cuando contaba apenas 15 años de edad:

¡La historia de su vida está manchada
con el borrón del despotismo odioso;
y su sangre de noble era mezclada
con la corrupta sangre del leproso ...!

¡Su conciencia de fraile encadenada
al volverle un fanático alevoso,
le hizo émulo infernal de Torquemada,

le hizo padre de un crimen religioso!

Dueño del mundo y del saber tirano;
fue muy noble; así noble fue el mezquino
torpe verdugo del progreso humano...

Fue muy noble y su origen fue divino
y así noble, fue un áspid, fue un gusano
¡su corazón forrado en pergamino ...! (1954, 54).

Los estudios sobre Chocano se enfocan en su mayoría en la biografía de un poeta cuyo tránsito terrenal dista mucho de ser ejemplar: en España lo acusaron de estafador por expedir o cobrar un cheque falso contra un banco español; Chocano prefirió huir del país negando el delito que pudo o no haber cometido. No existe, sin embargo, duda de que balaceó impulsivamente al intelectual peruano Edwin Elmore durante una confrontación cuya causa se remonta a un artículo de Vasconcelos que supuestamente ridiculizaba al poeta. Es sabido a ciencia cierta que Chocano jamás se arrepintió de su crimen aún tras haber dado con sus soberbios huesos en la cárcel afirmando no haber cometido delito alguno (Rodríguez Peralta 1970, 30-39). El interés que ha suscitado entre los críticos su accidentada vida acaso explique por qué, hasta fecha reciente, se ha dicho poco sobre la poesía del peruano en comparación con la del resto de los modernistas.

Aunque intimaron en tertulias madrileñas, es muy poco probable que Nervo conociera el soneto de Chocano, ya que no pudo verlo impreso; con sobrada razón, Chocano repudió repetidamente sus versos de adolescencia, que no vinieron a publicarse hasta 1944, diez años después de la muerte del poeta, y gracias a un hijo desobediente. En 1935, un año después de que a Chocano lo cosieran a puñaladas en un tranvía de Santiago, Meza Fuentes publica un opúsculo que ensalza la figura del poeta y señala que, dentro de su vasta obra y en diferentes etapas de su vida, Chocano vio dos Españas: en su adolescencia predominó la negra, y en su madurez, la áurea (1935, 10). No hay duda de que para el Chocano de 1891, Felipe II encarna la España negra, sentimiento que pudo provenir, no sólo de su ateísmo y anticlericalismo, sino de su odio a la tiranía como forma de gobierno; de hecho, dos años más tarde, vertió ese mismo sentimiento libertario en unos incendiarios versos contra el general Cáceres, dictador de turno, que le costaron la prisión. A diferencia de la sensibilidad ascética y el carácter retraído que Nervo atribuye tanto al rey como a sí mismo, el texto de Chocano carece de empatía alguna y convierte a don Felipe en un símbolo del fanatismo religioso (un “émulo infernal de Torquemada”) y del despotismo absoluto, como dueño “del mundo y del saber tirano.” Nada hay del idealismo que Nervo reconoce en don Felipe; tampoco hay rasgo alguno en el poema que humanice al monarca.

Al contrario: la visión que Chocano tiene del rey coincide cien por ciento con la que ofrecían los historiadores de la época, especialmente los anglosajones, cuyos comentarios en torno a la figura del monarca eran inocentes de cualquier intento de objetividad. En el capítulo titulado “¿Por qué no quisieron los españoles a Felipe II?”, Parker consigna los juicios del historiador norteamericano John Lothrop Motley, quien en su *History of the United Netherlands* (1868), escribe: “Si Felipe poseía alguna virtud, ésta ha escapado a la concienzuda investigación del autor de estas páginas. Si existe algún vicio—como puede que sea el caso—del que quedara exento, ello es porque la perfección no le está permitida a la naturaleza humana, ni siquiera en la maldad.” Como si ello no bastara, en su tratado *El español en la historia*, publicado nada menos

que en el tricentenario de la muerte de Felipe II (1898), James Champlin Fernald admite sin el menor repulgo que

es imposible no experimentar un macabro gozo al saber que este real monstruo de perfidia, ingratitud, tiranía, crueldad y lujuria compartió finalmente la suerte de Herodes Agripa que “siendo devorado por gusanos, expiró”... La manera en que murió es un emblema de la irredimible corrupción a la que había reducido su reino (102-103).

Sin embargo, entre los sonetos de Nervo y Chocano existe una circunstancia en común ya mencionada antes: ambos se equivocan en la enfermedad causante de la muerte del rey: no murió ni de cáncer ni de lepra; ni tampoco se lo comieron los gusanos, mal que le pese al historiador yanqui, pues tanto Parker como Martínez Ruíz documentan los horribles padecimientos del rey causados por la gota en su estado más avanzado. Sin embargo, el disparate que no puede (o debe) permitirse un historiador, aunque sea yanqui, es sin embargo permisible para un poeta, sea el yerro producto de un descuido o de un capricho: como es natural, lo que puede ser falso en la historia puede resultar verdadero en la poesía, pues esta no depende de documentos sino de emociones.

La afinidad de Nervo con el monarca español queda marcada a nivel afectivo por sus referencias a la patología (el cáncer) y la psicopatología (la melancolía): la segunda la corrobora la historia; no así la primera, pero en ella me detengo. La palabra cáncer no se haya entre los términos prestigiados por la lírica, sobre todo por la modernista: es un vocablo prosaico proveniente de las ciencias médicas, y el soneto de Nervo no remeda aquí los versos satíricos de un Campoamor o un Bartrina al utilizarlo. Mas no solo por su prosaísmo sobresale la palabra, sino por haberla colocado Nervo en el verso de cierre, que es (o debe ser) el más importante del poema. Cabe preguntarse qué efecto (si alguno) pretende lograr semejante recurso.

Habiendo descartado el sentido literal del término y considerando que el sentido figurado implicaría la presencia incongruente de un prosaísmo en este soneto, paso a tomar en cuenta la etimología de la palabra y hallo que Corominas señala que la misma, además de cangrejo, tomó por comparación el sentido de tenaza o instrumento de tortura. Desde ese punto de vista, no es un tumor maligno lo que comparten el Rey Prudente y el poeta de *Místicas* sino un reino interior sometido a un suplicio que tal vez, por tratarse de Nervo, constituya una crisis de tipo existencial o religioso: “en un mar de arcano duelo/ mi luminoso espíritu se pierde.”

Igual disyuntiva plantea el adjetivo “leproso” que Chocano le endereza a don Felipe: como en el caso de Nervo, el sentido literal del término parece el menos probable en el verso del peruano: si el rey tuvo o no un pariente leproso no lo he podido constatar y, en este caso, la etimología de la palabra tampoco aclara las cosas. Podríamos pasar, como en el caso de Nervo, de la patología a la psicopatología y pensar, no en un “cáncer de la pena,” sino en una lepra del alma. Con el término marcaría Chocano los muchos pecados y tachas atribuidas a la persona del rey por la leyenda negra: promiscuidad, lujuria, filicidio, adulterio e incesto, según documentan Martínez Ruíz y Parker. O, por último, acaso la “corrupta sangre” aluda a la precaria salud del monarca (asma, artritis, cálculos biliares, cefaleas y fiebres esporádicas, entre otros padecimientos) que en el capítulo sobre las enfermedades del rey Martínez Ruíz achaca a la proximidad sanguínea de sus progenitores: Carlos V e Isabel de Portugal eran primos hermanos.

Mas para Chocano, famoso por la saña con que trataba a con sus enemigos, llamar leproso a Felipe II no basta. Para cerrar con un golpe de gracia su soneto juvenil, “el corazón forrado en pergamino” que el autor de *Alma América* atribuye al monarca le va de maravillas al

retrato verídico de un gobernante grafómano, por cuyo escritorio, según sus cronistas, pasaban diariamente unos cuatrocientos documentos, y que perseveró en firmar edictos reales hasta pocos días antes de su muerte, ya con el cuerpo emaciado y plagado de llagas. La poco caritativa imagen de un “corazón forrado en pergamino” con la que nos regala el peruano daría buena cuenta, en suma, de lo que sus enemigos consideraron el más nefario legado del rey para la posteridad: la institucionalización o burocratización de los procesos inquisitoriales y del aparato represivo estatal cuya mala fama supieron crear y difundir a los cuatro vientos los promotores de la leyenda negra.

Obras citadas

- Corominas, Joan. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Tercera edición. Madrid: Gredos, 1987.
- Cortijo Ocaña, Antonio. *Carlos Coloma de Saa. Las Guerras de los Estados Bajos: desde el año de 1588 hasta el de 1599. (La construcción de una nación. Guerra, estado y propaganda)*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2010.
- Fernald, James Champlin. *The Spaniard in History*. Nueva York y Londres: Funk & Wagnalls, 1898.
- Fernández Álvarez, Manuel. *Felipe II*. Madrid: Austral, 2010.
- García Cárcel, Ricardo. *La Leyenda Negra: Historia y opinión*. Madrid: Alianza, 1992.
- González Subías, José Luis. “Felipe II: un personaje para el teatro romántico”. En *La historia en la literatura española del siglo XIX. VII Coloquio (Barcelona, 22-24 de octubre de 2014)*. José Manuel González Herrán/María Sotelo Vázquez, et al. eds. Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona, 2017. 647-656.
- Martínez, José María. *Amado Nervo y las lectoras del modernismo*. Madrid: Verbum, 2015.
- Martínez Ruíz, Enrique. *Felipe II: El hombre, el rey, el mito*. Madrid: La esfera de Los libros, 2020.
- Meza Fuentes, Roberto. *La poesía de José Santos Chocano*. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile, 1935.
- Nervo, Amado. *Obras completas*. Ed. Francisco González Guerrero (prosa) y Alfonso Méndez Plancarte (poesía). Madrid: Aguilar, 1922. 2. vols.
- Parker, Geoffrey. *Felipe II. La biografía definitiva*. Trad. Victoria Eugenia Gordo del Rey. Madrid: Planeta 2018.
- Pérez, Joseph. *La España de Felipe II*. Barcelona: Crítica, 2000.
- Roca Barea, Elvira. *Imperiofobia y leyenda negra: Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*. (Biblioteca de Ensayo / Serie mayor nº 87). Madrid: Siruela, 2016.
- Rodríguez-Peralta, Phyllis. *José Santos Chocano*. New York: Twayne, 1970.
- Santos Chocano, José. *Obras completas*. Ed. Luis Alberto Sánchez. México: Aguilar, 1954.